

es el caso que a mí, los ciclistas... nada; y el baile... nada; y los toretes... miedo; y los fuegos... torticolis. Y el ruido, dolor de cabeza, mucho dolor de cabeza. Y la gente... suda, ¡cómo suda la gente! ¡Vaya... que uno no tiene remedio! Uno recuerda algo de un tal Horacio, y de un tal Fray Luis después, pero tampoco eso quiere recordar demasiado. En fin, que a uno las fiestas, le dejan así, un poco frío, y como esto sucede por Julio, es algo alarmante y sospechoso.

* * *

Es inútil tratar de hinchar la voluntad a fuerza de chicle: no me gustan las fiestas. Es una pena, ya lo he dicho antes, pero esta es la verdad. Las fiestas de los vecinos merecen consideración, ya lo sé. Las fiestas de los vecinos se han hecho para que le guste a todo el mundo. Pero resulta que, todo el mundo y yo, somos antagónicos. Algo que no está bien hecho, ya lo sé, pero algo, también, que ocurre con demasiada frecuencia. Y si todo el mundo y yo somos antagónicos, y si las fiestas de los vecinos se han hecho para todo el mundo, es fácil sacar la consecuencia de que las fiestas de los vecinos no se han hecho para mí. Lo que, si tenemos en cuenta la poca gracia que me hacen, no deja de ser un pequeño consuelo.

* * *

Siento tener que decirlo, lo siento muchísimo, pero la verdad es que las fiestas de Rentería no me gustan. Y ¿saben por qué? Porque detrás de ellas vienen las de Oyarzun. Porque lo peor de las fiestas de Rentería es que, tras ellas, como lo saben todos, vienen las fiestas de Oyarzun. Y esto, con perdón de todos, resulta un poco aburrido. Porque también aquí hay ciclistas, también aquí hay concursos de baile, también aquí hay fuegos artificiales, ¡no faltaba más! y en el mejor de los casos, en vez de toretes, tenemos o bueyes o toros de fuego, que no es moco de pavo. Algo simpático como ven. Y ¿qué puede hacer ante esto un hombre nacido a destiempo como yo? Ustedes me dirán. ¿Qué le queda por hacer a un hombre así? Pues, largarse, nada más que largarse. Pero, ¿a dónde? ¡Ah! eso ya es más difícil, pero hay que largarse, eso es lo inteligente. Y en este punto, yo siento un especial agradecimiento a las fiestas de Rentería, porque, todos los años, invariablemente, me avisan a tiempo que ya es hora de largarse, no importa a dónde. Y agradezco también al genial don Pero Grullo, el que un día, en su famosa obra titulada «EL REFRANERO» escribiera: «Cuando las barbas de tu vecino...» Porque así, uno sabe siempre a qué atenerse.

Cuenta corriente

Le sucedió a un taxista. Había traído como viajeros desde Oyarzun a unos señores que venían de pasarlo bien.

Cuando uno de ellos, abriendo la cartera, se le aproximó para pagarle el servicio, terció el único renteriano del grupo, —hombre simpático como pocos, famoso por su afición al buen vivir y tan rumboso que casi siempre estaba sin blanca—, y en forma autoritaria hizo retirarse al pagador.

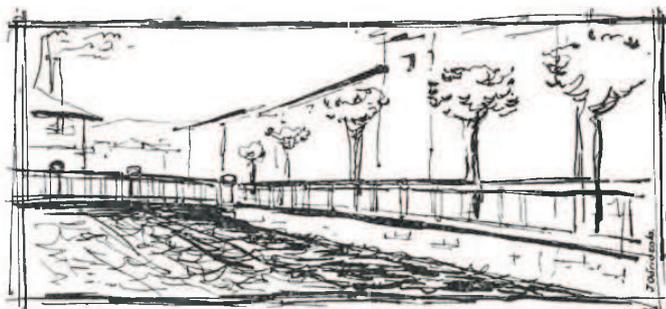
—Pues no faltaba más, hombre; después de que he pasado el día a vuestra cuenta, esto es mío.

Y al taxista:

—¿Cuánto es?

—Cinco duros.

—Está bien, ¡APUNTA SIETE!



La ría y los puentes

Fango desde el principio hasta el fin,
fango que hiede;

eso es la ría, nuestra ría, a ratos.

Fango bajo los puentes, en las orillas...

Un hilo de agua que discurre por el centro...

Esto, y no más, es nuestra ría en la marea baja.

¿Piedras? Pues, sí; también alguna.

¿Arena? Un poquito, quizás, allá a lo lejos.

¿Peces? ¡Jesús! ¡Por Dios! ¡No lo resisten
evenenados en las negras aguas!

Acaso algún corcón, preso en la charca,
chapoteando gozoso en agua de cloacas
huye veloz al subir la marea.

Sube la marea.

Va subiendo el nivel; la ría crece
con agua prestada que ha de devolver luego.

Y al fin queda el agua quieta, tersa, sucia, pero menos.
Ahora pueden los puentes, orgullosos, mirarse al espejo.

El puente de las Monjas,
sólido, macizo, un poco presuntuoso sobre sus pilares,
fénix resurgido del viejo puente de Santa Clara.

El puente de la Papelera,
arco-iris de cemento que, con su reflejo,
encierra a la ría en un duro paréntesis.

El puente de Panier,
abanico estrechado por cinturón de barandillas,

abanico roto antes que estrenado
y estrenado con remiendos.

El puente de Correos,
hijo de un puente provisional de madera,
(provisional, casi eterno)
y nieto de otro de piedra.

(¿Quién se acuerda ya de los puentes antiguos
o de las pasarelas cimbreantes que los suplieron?)
Puente de Correos que sube, y baja de nuevo,
quizás porque no debía de haber subido tanto.

El puente del Asilo,
recto, eso sí, pero también en cuesta,
único que al crearse
necesitó una carretera para él solo.
Puente de la Estación; así lo llaman,
porque ha visto correr a mucha gente
a coger ese tren que nunca espera.

El puente de hierro,
el único inmóvil y que no cambia.
Hierro negro, siempre negro, de luto
por las vidas —¿cuántas van?— que allí cayeron.
Puente negro, de hierro,
con vías teñidas de sangre que no se seca.
Sólo hay otro igual a ti mismo, y es ese:
ese que se refleja, tembloroso, en las aguas,
consciente de sus crímenes.

Un puente, dos puentes... y seis puentes.
Todos distintos, sin pareja, únicos.
Sólo una cosa hay, leve, que los une.
Es ese hilo de líquido pastoso
(agua, sí, alguna vez, pero ahora lodo,
porque ha bajado la marea ya.)
Seis puentes, sí, mas ¿quién los mira?
¡Uf! ¡Qué peste! ¡Qué olor! ¿Quién lo resiste?
La marea ha bajado.
En el lecho del río
descansa alguna piedra negra y sucia.

Todo es fango.
Fango desde el principio hasta el fin, fango que hiede
y que deja solitaria la Alameda...

TXUSTARRA